

de ellos reveló el punto en donde desembarcaban los conjurados que Mehe no conocía. El primer Cónsul enterado, envió á la costa un hombre de confianza, al coronel Savary, al objeto de que vigilase el tajo de Biville y echara mano á los que desembarcaran. Estaba decidido á espantar á sus enemigos con un grande ejemplo, es decir, á hacer fusilar al primer borbón que penetrara en Francia. Los príncipes fueron sin duda avisados y ya no desembarcó nadie más. El conde de Artois no era hombre para emprender una tal aventura, pero el joven Duque de Berri no hay duda de que se hubiera arriesgado.

»Para el primer Cónsul era esta cuestión el negocio principal de momento. Para descubrirla en todas sus ramificaciones empleaba un espionaje inmenso en Francia y en el extranjero. Fouché que ya no era ministro de policía, pero que tenía el genio del oficio, se consagraba á ello por entero. El ex-director del Consejo de la Vendée, el negociador del Concordato, Bernier, que ya era ahora obispo de Orleans, espía ahora por cuenta de Bonaparte á sus antiguos amigos los chuanes. Mehe que había pasado de Londres á Alemania, trabajaba en sacar de los ministros ingleses cerca de las pequeñas cortes alemanas, los secretos de los emigrados con quienes creía que estaban en correspondencia esos ministros.

»Bonaparte estaba irritado de no haber podido coger al príncipe á quien acechaba en Biville; pero todavía le preocupaba más otro adversario. Las cartas que se habían cogido á varios emisarios le habían instruido sobre el caso de haberse establecido relaciones indirectas entre Pichegru y Moreau; sin embargo, no había motivo para llevar á éste delante de los tribunales. Bonaparte se sentía poseído del deseo de perder á Moreau.

»Habíase conseguido echar mano al segundo de Jorge Cadoudal, á Bouvet de Lozier. Este quiso matarse pero no lo consiguió y confesó. Declaró que el general Lajolais había anunciado «al príncipe,»—al conde de Artois,—que Moreau consentía en restablecer á los borbones; que Pichegru, después de haber llegado á París había tenido varias entrevistas con Moreau, pero que éste habíase negado á hacer cosa alguna en favor de un rey ó de un pretendiente, pero que consentía, caso de que desapareciera el primer Cónsul, en ponerse al frente del gobierno como dictador. Esta resolución de Moreau había, decía él, hecho comprender á Jorge y á los realistas que todo se había perdido.

»Bonaparte convocó en seguida á Consejo á los

Cónsules sus colegas y á los ministros: acto continuo se decidió y se ejecutó al día siguiente la prisión de Moreau. El gran juez, ministro de Justicia, Regnier, rogó á Moreau que lo confesase todo y que fuera con él á encontrar al primer Cónsul. Moreau se negó á hacer revelación alguna. El gran juez hizo dar lectura el día 17 de Febrero, de un informe delante del Senado, del Cuerpo legislativo y del Tribunalado sobre la prisión de Moreau. Un hermano de éste que era tribuno, protestó con indignación contra las «calumnias» con que el informe anonadaba á su hermano, y pidió «que fuera juzgado por sus jueces y no por un tribunal de excepción.» La Asamblea quedó en taciturno silencio.

»Parecía que en un principio quería el primer Cónsul conceder al ilustre acusado esas garantías de la justicia ordinaria que había reclamado el hermano de Moreau; pero sintió que la opinión pública no recordaba su pasión, que no creía á Moreau cómplice de los emigrados, como lo pretendía el gran juez y adivinó desde luego que no obtendría su condenación si se presentaba delante del jurado. Sin embargo, tampoco se atrevió á entregar á Moreau á un Consejo de guerra; buscóse un término medio: la ley de excepción que no hacía mucho que Daunon había denunciado como el restablecimiento de la tiranía autorizaba para suspender el jurado por vía de *senatus-consulto*. Usóse de esta ley, y en su consecuencia Moreau fué entregado al tribunal criminal de la Sena; que juzgaba sus jurados,—25 de Febrero de 1804.

»Púsose la máquina administrativa en movimiento contra Moreau, de la misma manera que lo había estado contra Inglaterra. Los cuerpos del Estado se presentaron á ofrecer su adhesión al primer Cónsul. Sólo el Tribunalado, á pesar de estar tan mutilado, conservó su dignidad. Su presidente expresó claramente sus dudas respecto de la «denuncia» de que era objeto Moreau. Bonaparte se sintió de ello muy irritado.

»Provocáronse en el ejército y en los cuerpos administrativos mensajes de adhesión, y la mayor parte de los jefes militares se desencadenaron contra Moreau en términos injuriosos. Pero todo esto era ficticio y no tenía eco en la opinión.

»El día 28 de Febrero el Cuerpo legislativo votó una ley por la cual se condenaba á muerte á quien quiera que fuera que diera asilo á Pichegru, Cadoudal y á sus cómplices. Cerráronse las barreras, y se mandó tirar contra el que intentara saltar el muro de los consumos. Un verdadero terror se difundió por todo París.

»Pichegru fué detenido el mismo día de haberse promulgado esta ley; luego lo fueron los dos hermanos Polignac, y después el marqués de Riviere. El que había llegado primero, Cadoudal, fué preso el último. Tan taimado como intrépido, había burlado más de cien veces á la policía, y ninguna de las familias que le dieron asilo le entregó. Por último el 9 de Marzo, viendo que se vigilaba la casa en que estaba, se escapó y saltó á un cabriolé. Los agentes de policía corrieron tras de él. Con sus pistolas derribó á dos de ellos, pero la multitud le circunvaló y le detuvo.

»Dos días antes Moreau se había decidido á escribir al primer Cónsul una carta en la que hacía una relación exacta de lo que había tenido con Pichegru, en la que hacía constar su negativa absoluta de entrar en conspiración alguna realista. Una de las familias de Bonaparte había hecho creer á Moreau que una carta personal á su antiguo compañero de armas haría cesar todo proceso por su parte.

»Bonaparte envió la carta en cuestión como pieza del proceso.

»Lo que quería Bonaparte era desconsiderar á Moreau, perderlo en cuanto á hombre político; pero no quería matarlo. Otros eran sus deseos contra los realistas. Persistía en querer aterrorizar á ese partido con la ejecución de uno de sus príncipes. Había dejado de venir el que se esperaba de Inglaterra; pero se tenía á otro al alcance de la mano, en la frontera de Alemania; éste iba á pagar por todos.»

El príncipe que se tenía á mano era el duque de Enghien hijo del príncipe de Condé, á cuyas órdenes había servido con distinción militar y verdadero valor.

Enghien, una vez disuelto el cuerpo de emigrados que Rusia había tomado finalmente á sueldo cuando la última guerra, á consecuencia de la paz de Luneville, se había retirado á la pequeña ciudad de Ettenheim en el ducado de Baden, y que sólo distaba algunas leguas de Strasburg. Allí vivía en compañía de la princesa de Rohan Rochefort, de la que estaba muy enamorado y con la que había casado en secreto. El duque sólo tenía á la sazón 32 años.

Que el duque conspirara no hay por qué ponerlo en duda; lo contrario parecería hasta poco patriótico. Ahora bien, nada ha probado ni de lejos que Ettenheim fuera un centro de conspiración sino un nido amoroso. Las escapadas del príncipe á París ó Strasburg confirmadas por una carta del príncipe de Condé que reprende las calaveradas de su hijo,

no tienen ninguna importancia. Son las de un joven aventurero y valiente que se cree desconocido y olvidado. Esto es lo rigurosamente histórico.

Bonaparte ó su policía tenía noticia del paradero del duque de Enghien, ya que no venía el de Berri, Bonaparte pensó en ir por él. Pruebas de su participación en las conspiraciones para derribarle ó contra su vida no habían de faltar, y se habían de encontrar abundantes en su casa, máxime considerándose seguro con el sagrado del derecho de gentes. Sorprenderle, pues, en su casa era perderle.

Envióse á un policía á Ettenheim, pero este policía, que sabría muy poco alemán, sólo pudo averiguar que el duque hacía grandes cacerías en la Selva Negra, que había estado alguna vez en Strasburg, y que con él vivía un sugeto llamado Dumeri, que en París se tradujo por Dumouriez, cuando en realidad no se llamaba sino Thumery, explicando el error la pronunciación alemana. Prender al duque y á Dumouriez á un tiempo le pareció á Bonaparte un gran golpe, y que sobre darle el príncipe que buscaba ponía en el banquillo de los acusados al lado de Pichegru y de Moreau otra de las grandes figuras revolucionarias que aún podía, con gran prestigio, capitanear una contrarrevolución.

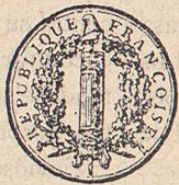
Resuelto el golpe, Bonaparte enteró de su plan á sus colegas y á los ministros el día 10 de Marzo de 1804. El cónsul Lebrun y Cambaceres se opusieron á violación tan grande del derecho de gentes máxime creyendo ya ver una víctima, haciendo ver el mal efecto que causaría en Europa el que se atropellase á un país independiente y extranjero, y además las complicaciones que se debían temer si Baden reclamaba con energía. Pero Bonaparte, exaltado y fuera de sí como de costumbre, cuando se le contrariaba, no hablaba sino de hacer un escarmiento. Luego, como los demás aprobaban, se resolvió ejecutar el golpe en seguida.

Dióse orden al coronel Ordener de que marchara á Strasburg y tomara de su guarnición 300 dragones, algunos pontoneros y varias brigadas de gendarmería, con cuyas fuerzas debía cercar el pueblo de Ettenheim y prender á viva fuerza al duque de Enghien. Dióse á Coulaingourt igualmente aviso de lo que iba á hacerse con encargo de que se presentase al duque de Baden para darle explicaciones sobre la violación de su territorio tan pronto se hubiese consumado el rapto.

Ordener llegó á Strasburg la noche del 12 al 13 de Marzo, y en la del 14 pasaba el Rhin por Rheinau, penetraba en el ducado de Baden, y marchó con tanta celeridad y sigilo, que en Ettenheim

mismo, á donde llegó á la madrugada, pocos se enteraron de lo que estaba pasando. Ordenó al duque levantado disponiéndolo todo para marchar con Thumery á una cacería. Entrambos fueron presos, pero en la casa no se encontró papel alguno comprometedor. Esto prueba que el duque,

á quien su padre le había advertido que le parecía mal que viviera tan cerca de la frontera francesa, y que estuviera sobre el aviso, porque el primer Cónsul era hombre para arrebatarle á pesar de su seguro, había tomado sus precauciones, porque en efecto, parece imposible que no se encontrara en su



TRIBUNAL
CRIMINEL, EXTRAORDINAIRE
ET REVOLUTIONNAIRE,

Etabli au Palais, à Paris, par la Loi du
10 Mars 1793.

L'AN II^e. DE LA RÉPUBLIQUE.

ACCUSATEUR PUBLIC.

Le citoyen Gardien de la maison *Varet de l'abbaye*

laissera
communiquer *à Jean Christophe Niculius, méd. procureur*
avec *le 26 Mars 1793* *à la prison de la Bastille*
actuellement
détenu en ladite maison *trouvé par Delade*

FAIT à Paris, le *Vingt-trois Ventose*
mil sept cent quatre-vingt-trois de l'an *Deux*
de la République *le Bon Grouse*

A. J. Fouquier

Permiso firmado por Fouquier Tinville para visitar á un preso

casa una sola carta que pudiera servir de cabeza de proceso.

Encerróse al duque en la ciudadela de Strasburg, y por telégrafo, por telégrafo óptico, invención de la época, se dió aviso á París. Bonaparte mandó que fuera inmediatamente trasladado á la capital. El 20 por la tarde llegaba á París, y se le encerró en el castillo de Vincennes.

Bonaparte había esperado que su cuñado Murat, gobernador militar de París, se encargaría de asesi-

nar á Enghien, pero Murat se negó terminantemente, mereciendo de Bonaparte que le llamase desleal, traidor, desagradecido y cobarde. Pero todo fué inútil. Murat no quiso encargarse de la ejecución del odioso crimen que había meditado su pariente. Bonaparte fué, pues, quién firmó las órdenes, quién constituyó el Consejo de guerra eligiendo uno por uno sus miembros, poniendo á su cabeza al vencedor de la Bastilla, á Hullin, ya general, y á quien recompensó más adelante con la corona condal por su

obediencia. Hullin, el patriota íntegro, el valiente general que en Génova había ilustrado su nombre al lado de Massena, daba un cierto color de venganza revolucionaria al asunto, lo que Bonaparte no olvidó, para excusar su crimen. De la ejecución de la sentencia, que ya se sabía cual había de ser, encargóse Savary por orden de Bonaparte.

En la noche del 21 de Marzo, á las dos de la madrugada, se despertaba al duque de Enghien para que compareciera delante del Consejo de guerra. Enghien, sin desmayar un momento, protestó de su inocencia y de lo que con él se hacía, pues, se le

quería comprometer con la conspiración de Cadoudal. Pero el príncipe que no dejó de comprender su situación se afirmó en sus principios y declaró valientemente que no sólo había hecho armas contra la Francia revolucionaria, sino que volvería á hacerlas siempre que llegara el caso. Por esta declaración le condenó el Consejo de guerra á muerte. La sentencia era inicua, pero esto era lo que quería Bonaparte, y los miembros del Consejo habían sido precisamente elegidos para hacer su voluntad. Hullin, sin embargo, ignoraba que la sentencia hubiera de llevarse á cabo inmediatamente, ó mejor no creía



Modelo de Cédula civica

que se procediera á la ejecución del duque. Así instó á éste para que escribiera una carta al primer Cónsul que serviría de pie para amnistiarles, pero Enghien resistió el Consejo. Entonces Hullin hizo que el Consejo resolviera consultar á Bonaparte sobre la ejecución de la sentencia, pero para impedir esto que se había previsto estaba allí Savary. La sentencia fué, pues, ejecutada no dándose al duque más tiempo que el necesario para escribir una carta de despedida á la princesa de Rohan.

Eran las tres de madrugada cuando fué llevado á la luz de algunas linternas al mismo sitio en donde se había abierto su sepultura, en medio de una noche lúgubre y fría que hacía más terrible la menuda lluvia que caía. Enghien se cortó entonces un mechón de sus cabellos, se quitó de la mano el anillo de oro que llevaba y junto con la carta se lo entregó al oficial que mandaba al pelotón con encargo de hacerla llegar á la princesa su esposa. Poco después caía exánime.

Bonaparte no tardó en sentir el horror que había

inspirado en todas partes acto tan criminal, tan injusto y tan inhumano. Dejémosle á él mismo que se defienda. Su defensa la escribió cuando se consumía allí solo en medio del Océano que menos clemente que él, que rodeaba el peñón de Promoteo, no le envió nunca consuelo alguno. En su testamento, dice:—«Yo hice prender y juzgar al duque de Enghien, porque esto era necesario á la seguridad, al interés y al honor del pueblo francés, cuando el conde de Artois mantenía, según confesión propia, sesenta asesinos en París. En otra circunstancia semejante obraría de la misma manera.» En el *Memorial de Santa Elena* escribió lo siguiente:

«Si no hubiera tenido de mi parte, las leyes del país,»—que no tenía, pues, si la ley castigaba con la pena de muerte al francés que hubiese hecho armas contra la patria, la ley no decía que este francés pudiera ser asesinado, ni menos secuestrado en país extranjero,—«contra el duque de Enghien, todavía estarían de mi parte los derechos de la ley natural, los de la legítima defensa. El y los suyos no tenían